

LEGITIMIDAD, DESCONTENTO Y DESAFECCIÓN POLÍTICA EN VENEZUELA: LA RESERVA DE UN «GOOD WILL» CON RESPECTO AL SISTEMA.

Luis E. Madueño*

Resumen: La tesis central de este artículo explora la idea de José Ramón Montero, Richard Gunther y Mariano Torcal (1998), según la cual la legitimidad y la eficacia en la democracia son distintas tanto desde el un punto de vista conceptual como empírico. Teóricamente y empíricamente la legitimidad de la democracia es relativamente autónoma de la desafección política, de la percepción de ineficacia del sistema y de la insatisfacción con la democracia. En consecuencia, niveles relativamente altos de legitimidad pueden aislar al régimen del impacto negativo que las crisis económicas o políticas podrían tener en su estabilidad. La corroboración empírica de esta hipótesis revela algunas limitaciones. Aquí proponemos que las fluctuaciones en el grado de satisfacción de los ciudadanos con la democracia –producto de su ineficiencia- son significativas y pueden por lo tanto amenazar la estabilidad del mismo sistema democrático. En otras palabras, las mismas pueden erosionar la legitimidad de la democracia en la medida que dichas condiciones permiten el surgimiento de liderazgos populistas. Para superar tales limitaciones introduciremos la variable “voto Chávez”.

Palabras-Claves: Legitimidad, descontento, democracia, populismo

Resumo: A tese central deste artigo explora a idéia de José Ramón Montero, Richard Gunther y Mariano Torcal (1998), segundo a legitimidade e a eficácia da democracia são distintas tanto do ponto de vista conceitual quanto empírico. Teoricamente e empíricamente a legitimidade da democracia é relativamente autónoma da desafeição política, e da percepção da ineficácia do sistema e da insatisfação com a democracia. Em conseqüência, níveis relativamente altos de legitimidade podem assinalar o regime do impacto negativo que as crises econômicas e políticas poderiam ter em sua estabilidade. A com-

provação empírica destas hipóteses revela algumas limitações. Aqui proporemos que as flutuações no grau de satisfação dos cidadãos com a democracia- produto de sua ineficiência são significativas e podem, portanto ameaçar a estabilidade do mesmo sistema democrático. Em outras palavras, as mesmas podem corroer a legitimidade da democracia na medida em que as condições permitem o surgimento de lideranças populistas. Para superar tais limitações introduziremos a variável “voto Chávez”.

Palavras-Chave: legitimidade, descontentamento, democracia, populismo

Abstract: The central thesis of this article explores the idea of Jose Ramon Montero, Richard Gunther and Mariano Torcal (1998), according to which the legitimacy and the effectiveness in the democracy are different as much from a conceptual point of view like empiricist. Theoretically and empirically the legitimacy of the democracy is relatively independent of the political disaffection, of the perception of inefficiency of the system and the dissatisfaction with the democracy. Consequently, relatively high levels of legitimacy can isolate to the regime of the negative impact that the economic or political crises could have in their stability. The empirical corroboration of this hypothesis reveals some limitations. Here we propose that the fluctuations in the degree of satisfaction of the citizens with the democracy - product of their inefficiency- is significant and can therefore threaten the stability of the same democratic system. In other words, the same ones can erode the legitimacy of the democracy in the measurement that these conditions allow to the sprouting of leaderships Populists. In order to surpass such limitations we will introduce the variable “Chávez vote”.

Key Words: Legitimacy, displeasure, democracy, Populism

1 INTRODUCCIÓN

Este trabajo resume parte de los resultados de una investigación más extensa que se desarrolla en el Centro de Investigaciones de Política Comparada de la Universidad de los Andes. Como lo que nos interesa es indagar –según el planteamiento inicial descrito en el resumen- las diferentes dimensiones que adoptan los conceptos de legitimidad, descontento y desafección, podemos aquí dejar de lado –por razones de espacio- los datos longitudinales referidos a la evolución de las actitudes políticas con respecto al sistema político venezolano. Dejado en claro esta consideración podemos abordar el tema con una sinopsis sobre el contexto socio-político venezolano y algunas perspectivas teóricas que han abordado el caso que nos ocupa.

La democracia en Venezuela fue por mucho tiempo un modelo a seguir para otros países. Se sostenía que era un modelo institucionalizado, con un sistema de partidos fuerte, instituciones que funcionaban relativamente, y una economía basada en la renta petrolera que satisfacía cierto nivel de vida. Si bien es cierto que en los tempranos años de democracia el apoyo político de los electores confería estabilidad al sistema, en las dos últimas décadas se pusieron de manifiesto algunos índices que indicaban a simple vista un “agotamiento de la democracia”. El triunfo de Hugo Chávez, líder del frustrado golpe de Estado de 1992, en las elecciones de 1998, puso al descubierto la profundidad de la crisis política venezolana y sobre la que ya se discutía desde los años ochenta en círculos políticos y académicos. El consenso era general: la democracia venezolana estaba en crisis. El deterioro económico como resultado del resquebrajamiento del modelo sostenido por los ingresos petroleros comenzó a manifestarse desde 1974; en 1979 se hicieron evidentes los primeros signos de crisis que se profundizaron en 1983 [1] como consecuencia de la devaluación de la moneda y la caída de los precios petroleros. A los altibajos del sistema económico se sumaron fenómenos políticos que reflejaban la debilidad del sistema democrático inaugurado en 1958. A la ausencia de una conducción clara y firme se sumaron las presiones internacionales que reclamaban una menor intervención del Estado y un ajuste estructural de signo neoliberal, así como la resistencia interna a cambiar el modelo. La dependencia de los precios del petróleo producía ciclos que alternaban momentos de relativa estabilidad económica con situaciones de crisis de la situación financiera cuyos efectos iban más allá de las devaluaciones de la moneda y se manifestaron en la situación social con un dramático descenso de la calidad de vida de los venezolanos y el aumento de las desigualdades sociales.

Otro aspecto de la crisis se reflejó en la política, con numerosos frentes, matices e interpretaciones. La enorme brecha abierta entre las instituciones políticas y los problemas sociales y económicos que no encontraban soluciones viables se reflejó en la crisis de la representación política; las dificultades e incapacidades de los sucesivos gobiernos para enfrentar los conflictos acarrearón problemas de gobernabilidad y, por otra parte, no contaron con la autoridad ni el apoyo político y social necesario para emprender las reformas que requería la situación.

Las interpretaciones sobre la crisis política responden a distintos enfoques con alcances y consecuencias también diferentes. Las interpretaciones más apocalípticas señalan que el origen de la crisis se encuentra en el propio modelo que presentó defectos desde sus comienzos; otras apuntan a que es el resultado de las transformaciones económicas de los últimos años. En todo caso, la mayoría de los análisis confluyen en una visión grave de la situación; sin embargo, frente al riesgo de desestabilización política, algunos apostaban a la cultura democrática arraigada en la sociedad como resultado de los años de estabilidad política, de funcionamiento de los mecanismos electorales y de la socialización de las nuevas generaciones en las prácticas democráticas, mientras otros apelaban a la experiencia de dictaduras que por defecto conllevaría una legitimidad del régimen[2]. Una posición más pesimista pero no menos realista sostenía que la situación era

reflejo de una expresión cultural cada vez más alejada de los valores y prácticas democráticos. Desde este punto de vista, podemos decir que la crisis puede ser interpretada como consecuencia de los desajustes en las actitudes y expectativas de los ciudadanos con respecto a las posibilidades de acción y dirección que ofrecían las instituciones, situación que superó a las élites políticas. Plantearemos a continuación algunas premisas que conducirán nuestro trabajo.

Los bajos niveles de satisfacción con los gobiernos de turno y la baja credibilidad de las instituciones indicarían a primera vista que se trata de un rechazo a la legitimidad de la democracia. No obstante, esta afirmación no es suficiente. Por ello, el trabajo se basa en una literatura y una tradición que ha abordado el estudio de la democracia como un ideal que sostiene su legitimidad, así como su funcionamiento sostiene su razón de ser. La insatisfacción de los ciudadanos con su funcionamiento es una reacción de insatisfacción con la realidad; la democracia como sistema ideal pretende constituirse en un modelo, un modo crítico de interpretación que busca el equilibrio entre el ideal y la realidad. La democracia sigue manteniendo buena prensa en la opinión de los ciudadanos como la mejor forma de gobierno.

Hay que hacer algunas consideraciones básicas que suponen un replanteamiento de discusiones alrededor de la teoría empírica de la democracia [3]. Las democracias viejas y nuevas presentan algunas características actitudinales (o predisposiciones de los ciudadanos) que contrastan con el éxito de su instauración; hay que distinguir entre el ideal democrático, su legitimidad, que se erige como un ideal que niega el sistema autocrático, al que combate [4], y la presencia de síntomas de falta de interés en la política, alejamiento de la participación política y falta de apoyo a las instituciones. Resulta paradójico que la democracia en Venezuela, si bien adolecía de una serie de deficiencias, no llegó a consolidarse a pesar de 40 años de prácticas electorales democráticas. Esto indica claramente que la “longevidad de una democracia no tiene necesariamente una relación universal con su grado de consolidación. De igual forma, es evidente que la fortaleza de los sistemas partidistas y otros aspectos electorales son insuficientes para la consolidación democrática cuando existen debilidades institucionales muy serias en el nivel del Estado” [5].

Si bien es cierto que los niveles de apoyo a la democracia como ideal abstracto gozan de buena salud, por ahora, la mayoría de los estudios han atribuido el sentimiento de desafección [6] política a factores de carácter institucional, a la falta de correspondencia entre funcionamiento, logros y expectativas de los ciudadanos, es decir, a la insatisfacción con la democracia en cuanto a resultados; de ahí la baja confianza en los gobiernos y la reiteración de escándalos políticos. Algunas hipótesis que se han formulado alrededor de la estabilidad de la democracia giran en torno al éxito o fracaso en garantizar un modelo económico de crecimiento [7] estable, producto de la eficiencia de los gobiernos y los actores políticos. Otras se relacionan con los cambios culturales y las crecientes oportunidades educativas que, como modos de socialización, atenuaron la gravedad de los problemas de seguridad económica, política y militar que influyeron en las actitudes de las generaciones anteriores, y se destacan un conjunto de problemas relacionados con la participación política, el nivel de vida y el ambiente [8].

La socialización política se manifiesta en la conducta de los ciudadanos a partir de los sucesos del pasado. Podemos decir que el pasado es una variable esencial que modela las actitudes presentes, y que estas últimas no dependen única y exclusivamente de los factores políticos del momento; la experiencia del pasado puede determinar nuevas actitudes políticas. También es verdad que el peso del pasado suele ser negativo, en la medida en que haya sido una experiencia de inestabilidad y desempeño mediocre por parte de los gobiernos de turno (ineficacia prolongada), pero no deja de ser una referencia para la evaluación del presente.

Desde esta perspectiva, los acontecimientos históricos pueden dar cuenta de las posibilidades de persistencia o fracaso de la democracia frente al desencadenamiento de un proceso. Un sistema político democrático “reúne ímpetu” y crea apoyos sociales (instituciones) para asegurar su existencia continua [9]. En este sentido, la democracia como valor, a diferencia de su carácter instrumental (eficacia), es superior a la suma de actitudes de descontento político o desafección política. La *confianza política* se instrumentaliza a través de dos conceptos que hay que diferenciar: *descontento político* y *desafección política*, así como hay que distinguir entre *legitimidad democrática* y *satisfacción democrática*.

Estos argumentos forman parte de la línea de investigación de este trabajo cuyo objetivo es analizar las actitudes políticas de los venezolanos en relación con esas conceptualizaciones generales sobre las actitudes políticas, así como evaluar su importancia con respecto a la idea de democracia. Se trata de extraer de las diversas conceptualizaciones y teorías propias de la ciencia política los instrumentos más idóneos para estudiar algunas actitudes de los venezolanos en relación con la democracia. Presentaremos algunas hipótesis que describen las modalidades de estas actitudes y sus respectivas correlaciones

En consecuencia, una de las primeras cuestiones a plantear será definir empíricamente los principales conceptos-instrumentos propuestos, tomando en cuenta la existencia de un campo semántico que forma parte de una larga trayectoria de la historia y de los enfoques de la ciencia política. Esto quiere decir que la definición de algunos conceptos deberá ajustarse a la constelación de términos semejantes que puedan aplicarse a nuestro caso empírico, es decir, la democracia en Venezuela. El trabajo se propone también escudriñar en la confusión conceptual en la que ha caído la ciencia política en estos años de prolífica producción teórica.

2.- LEGITIMIDAD, EFICACIA Y DESAFECCIÓN POLÍTICA

Estos componentes afectivos del sistema democrático resultan relevantes en el momento de evaluar las actitudes hacia el sistema político. Evaluar cada uno de ellos resulta significativo para diferenciar aquellos que son “actitudes básicas/estables” hacia el sistema, de aquellos que resultan ser más “fluctuantes o menos permanentes”. En una sociedad podemos encontrar niveles de *descontento político* por causas económicas, políticas, de escándalos de corrupción, es

decir, la insatisfacción política como producto de las percepciones de la ineficacia del sistema. La *insatisfacción política* es una actitud que expresa desagrado por la diferencia entre las expectativas que produce un objeto social o político –significativo- y los resultados que no responden suficientemente a los deseos o aspiraciones de los ciudadanos; podemos decir que es una relación asimétrica entre expectativas y resultados. En este sentido, la *eficacia del sistema* está relacionada con las soluciones a los problemas básicos que los ciudadanos consideran de especial importancia. Si la evaluación del rendimiento del régimen o de las autoridades políticas – de los actores políticos- en cuanto a resultados es negativa, estamos en presencia de lo que se ha venido llamando *insatisfacción política* o *descontento político*.

Otro componente afectivo del sistema son las actitudes que producen un fenómeno que suele denominarse *desafección política* –desconfianza política hacia el sistema- que indica un distanciamiento o desapego de los ciudadanos con respecto al sistema político. Si se considera como una suerte de *síndrome de fatiga recurrente o permanente*, podemos decir que se trata de ciudadanos ocasionalmente insatisfechos integrados al sistema político; algunos pueden transitar puntos intermedios de insatisfacción y otros pueden alcanzar un polo negativo constante definido como hostilidad hacia el sistema político, la clase política y los actores políticos. Sin embargo, esto es más complejo; esta sensación de debilidad o de fatiga cívica se acompaña de un conjunto de conceptos que captan algunas orientaciones básicas hacia el sistema político, y cuyo denominador común es cierta tendencia a la aversión u hostilidad en su componente afectivo: desinterés, ineficacia, discontinuidad, frustración, alienación, cinismo, desconfianza, distanciamiento, rechazo, impotencia, alejamiento, separación, hostilidad. Dentro del conjunto de conceptos arriba señalados, el que se utiliza más en la literatura para señalar esta desafección política es el de *alienación política* [10], el cual se refiere a un sentimiento de vaguedad y de extrañamiento respecto a las instituciones, valores y líderes políticos existentes, y produce como consecuencia que los ciudadanos se consideren a sí mismos como intrusos o forasteros en su propia sociedad. Contrariamente a la alienación, la desafección refiere a un conjunto de sentimientos más difusos, y por lo cual los asuntos políticos son vistos como algo lejanos, o faltos de importancia o carentes de sentido [11]. Otra actitud emparentada con las anteriores es el fenómeno de la “apatía”. Según Giacomo Sani, el “término ‘apatía’ indica un estado de indiferencia, extrañamiento, pasividad y falta de interés respecto de los fenómenos políticos. Es un fenómeno dictado por el sentimiento de enajenación. Las instituciones políticas y las otras manifestaciones de la vida política ocupan una posición muy periférica. No es nunca un protagonista activo de los sucesos políticos sino que los sigue como un espectador pasivo y, más frecuentemente, los ignora del todo” [12].

Seymour M. Lipset en su clásico trabajo proponía sendas diferencias entre legitimidad y eficacia. Para Lipset, la estabilidad de la democracia depende no solamente del desarrollo económico, sino también de la eficacia y la legitimidad de su sistema político. La eficacia es el verdadero actuar, el grado en que el sistema satisface o que las funciones de gobierno tienden a cumplir con

las necesidades básicas que considera la mayoría de la población. [13] Juan Linz nos dice otro tanto: “eficacia se refiere a la capacidad de un régimen para encontrar soluciones a problemas básicos con los que se enfrentan todos los sistemas políticos (y los que cobran importancia en un momento histórico), que son percibidos más como satisfactorias que como insatisfactorias por los ciudadanos conscientes, además la eficacia de un régimen no es juzgada por los actos de un gobierno concreto a lo largo de un período corto de tiempo, sino que es la suma de sus actos a lo largo de un período más prolongado comparado con la actuación de distintos gobiernos que probablemente son más satisfactorios para uno u otro sector de la sociedad”. [14] La *legitimidad* es un concepto más valorativo que, según Lipset, implica la capacidad del sistema para crear y mantener la creencia de que las instituciones políticas existentes son las más apropiadas para la sociedad. Para Juan Linz, la legitimidad es la creencia de que a pesar de sus limitaciones y fallos, las instituciones políticas existentes son mejores que otras que pudieran haber sido establecidas, y que por tanto pueden exigir obediencia. Según Leonardo Morlino y José Ramón Montero, la *legitimidad difusa* se define como una adhesión genérica al régimen político, provocada por factores más generales que la satisfacción de demandas particulares o por actos puntuales del gobierno [15].

Leonardo Morlino, apoyándose en la distinción que hace David Easton de apoyo difuso y específico, distingue por analogía dos tipos de legitimidad: *específica* y *difusa*. Para Easton, el apoyo *difuso* es un apoyo genérico al sistema político, no reconducible a motivos particulares, sino producto de una serie de factores que hunden sus raíces en la cultura política. El apoyo *específico*, por el contrario, es un tipo diferente de apoyo al sistema político, que sigue a decisiones particulares y concretas tomadas por las autoridades para satisfacer ciertas demandas. En cuanto a la legitimidad, para Easton, es una fuente de apoyo difuso que se orienta hacia las autoridades y el régimen. A partir de estos presupuestos teóricos, Morlino considera que la *legitimidad específica* [16] es un conjunto de actitudes de adhesión al régimen y a las autoridades debido a la satisfacción de determinadas demandas por medio de determinados actos del gobierno. Por su parte, la *legitimidad difusa* no se refiere a *outputs* particulares, sino que tiene sus orígenes en otros factores más generales. [17] Entre las fuentes de la legitimidad difusa que señala Morlino, se pueden señalar dos: sentido de confianza en las instituciones y en las autoridades, y existencia de una larga tradición de las instituciones [18].

La tesis central que nos lleva a definir cada uno de estos conceptos tiene que ver con la idea difundida de que las fluctuaciones que se producen en el grado de satisfacción de los ciudadanos con la democracia –producto de su eficacia o ineficacia– son significativas y pueden por lo tanto amenazar la estabilidad del mismo sistema democrático [19], en otras palabras pueden erosionar la legitimidad de la democracia. Frente a esta tesis, José Ramón Montero, Richard Gunther y Mariano Torcal [20], sostienen que la legitimidad y la eficacia son distintas no sólo desde un punto de vista conceptual sino también empírico. Esta distinción ha sido analizada desde diversas perspectivas y con diferentes consecuencias teóricas y si se dispone de los

indicadores apropiados puede demostrarse empíricamente. La legitimidad de la democracia desde un punto de vista teórico así como empírico es relativamente autónoma del descontento político, de la percepción de ineficacia del sistema y de la insatisfacción con la democracia. En consecuencia, niveles relativamente altos de legitimidad pueden aislar al régimen del impacto negativo que las crisis económicas o políticas podrían tener en su estabilidad.

Si bien es cierto que los índices de legitimidad abstracta de la democracia mantienen niveles significativos, indiferentemente de las crisis económicas o políticas, también es cierto que factores como ineficacia, insatisfacción con la democracia, crisis económicas y políticas prolongadas [21] pueden debilitarla y reforzar la actitud de cambio, lo que igualmente ha alimentado los desalineamientos partidistas y derrotas o desapariciones del espectro electoral de los partidos. Para el caso Venezuela, estos factores han significado el respaldo a formas alternativas antidemocráticas o actores con un pasado militar que, según los datos empíricos, nada tienen que ver con la democracia o, por lo menos, con una cultura democrática.

Con respecto a esto, Przeworski nos dice que “la desconfianza generalizada, el escepticismo y la apatía en las nuevas democracias seguramente se relacionan con las prolongadas experiencias dictatoriales, una historia prolongada de turbulencias y discontinuidades políticas, memorias de manipulación y una sistemática transmisión de valores despolitizantes. Puede entonces suceder que el transcurso del tiempo refuerce las raíces culturales de la democracia y cambie las percepciones de la política. Asimismo las expectativas tienden a explotar en las etapas iniciales de las nuevas democracias: se espera que los nuevos regímenes resuelvan viejos problemas económicos, administrativos y políticos”. Para Przeworski una “conclusión optimista sería, por lo tanto, que luego de una fase inevitable de desencantamiento, el vínculo entre la legitimidad y el desempeño sea cada vez más tenue, hasta que las instituciones políticas llegan a gozar, al menos más allá de ciertos umbrales, un grado considerable de autonomía en relación con los resultados concretos”. No obstante, esta perspectiva optimista, según Przeworski, carece de respaldo; según él, “el paso del tiempo, como se puede apreciar en la evolución de la cultura política italiana, no necesariamente mejora la percepciones que los ciudadanos tienen de la política. Por otra parte, la evidencia de Europa del Sur muestra que las organizaciones sociales y las asociaciones intermedias –los sindicatos obreros entre ellas– se debilitaron durante los ochenta, al menos en términos de afiliación. Y puede que haya niveles de desempeño por debajo de los cuales se corroe la construcción de la democracia. Una actitud complaciente, confiada en el paso del tiempo, ignora no sólo los riesgos políticos, sino también el hecho de que estos fundamentos subjetivos de la democracia son sensibles a las decisiones y medidas políticas”. [22]

3. DESCONTENTO POLÍTICO, DESAFECCIÓN POLÍTICA Y LEGITIMIDAD DEMOCRÁTICA: ANÁLISIS FACTORIAL.

Las actitudes políticas de los venezolanos tienden a diferenciar entre *legitimidad democrática* y *satisfacción democrática*, de un lado, y entre esta última y la *desafección política*, de otro; son significativas tanto en términos conceptuales como empíricamente comprobables. El elevado nivel de cinismo político de los venezolanos ha permanecido estable a través del tiempo, al igual que la elevada insatisfacción generalizada no parece haber mermado el apoyo popular al régimen democrático. Para contrastar nuestro planteamiento contamos con un conjunto de indicadores. Así, creamos tres modelos sobre la base de tres encuestas: tres preelectorales, la de 1998 Redpol fue realizada en noviembre luego de las elecciones parlamentarias y antes de las presidenciales. En las tres se incluye un indicador de legitimidad democrática.

La actitud de descontento difundido o básico es producto de la insatisfacción con la democracia para solucionar los problemas, trayendo como consecuencia el realineamiento de los partidos políticos y el rechazo a la clase política tradicional. Igualmente, la presencia de nuevos actores no ha cambiado los niveles de desafección política ni la preferencia por la democracia. Un dato que respalda aún más este planteamiento es que en Venezuela, después del referéndum aprobatorio de la Constitución, en diciembre de 1999, se estrenaban nuevos poderes, mediante la relegitimación de los poderes constituidos que tenían su origen en la Constituyente. Sin embargo, a pesar de ser refundadas y relegitimadas bajo la nueva Constitución de 1999, las instituciones políticas no escaparon a la desafección política del venezolano, como lo muestran los datos de confianza en las instituciones del año 2000. No obstante, para respaldar nuestro planteamiento examinaremos a través de un análisis factorial los indicadores proporcionados por las encuestas. El análisis factorial consiste en una técnica de reducción de datos que sirve para encontrar grupos homogéneos de variables a partir de un conjunto numeroso de ellas. Estos grupos homogéneos se forman con las variables que se correlacionan mucho entre sí y procurando inicialmente que unos grupos sean independientes de otros. A diferencia de lo que ocurre con otras técnicas como el análisis de varianza o el de regresión, en el análisis factorial no existe variable dependiente. Todas las variables del análisis tienen el mismo rango: todas ellas son independientes en el sentido de que no existe a priori una dependencia conceptual de unas variables sobre otras.

La encuesta Venezuela Datos 1995 nos proporcionó evidencias para confirmar la hipótesis de que la “legitimidad democrática”, el “descontento político” y la “desafección” son dimensiones conceptuales y empíricamente distintas. La encuesta Datos 1995 incluye algunos indicadores de descontento político como: “evaluación de la situación política” (SitPol); “satisfacción con el funcionamiento de la democracia” (SatisDemo) y situación general del país. Igualmente, en la misma encuesta se incluyen algunos indicadores de desafección: uno referido a implicación en política (sentimientos hacia la política) como “interés en la política” (InterPol); otro relativo a la

eficacia interna, expresado en la creencia de que “la política es complicada” (Policompli) donde el encuestado no puede entender lo que ocurre; por último, la encuesta contenía tres indicadores de comportamientos que se relacionan con las actitudes anteriores: “la frecuencia con la que el entrevistado sigue noticias políticas” (SigueNotPol); “habla de política con los amigos” (HablaPolAmi). La encuesta incluye un indicador de legitimidad democrática (legitimi), prefiere “democracia o autoritarismo”.

La encuesta Venezuela Datos 1996 nos proporcionó igualmente evidencias para confirmar la hipótesis de que la legitimidad democrática, el descontento político y la desafección son dimensiones conceptuales y empíricamente distintas. La encuesta Datos 1996 incluye algunos indicadores de descontento como: “evaluación de la situación económica” (StEcon) y “política” (SitPol); el nivel de “satisfacción con el funcionamiento de la democracia” en Venezuela (SatisDemo), “satisfacción con el gobierno” (SatiGob). En la misma encuesta se incluyen algunos indicadores de desafección (sentimientos hacia la política): uno referido a la implicación política, consistente en el grado de interés que el entrevistado confiesa tener, “interés en la política” (InterPol). Por último, la encuesta contiene tres indicadores de comportamientos que se relacionan con la actitud anterior: “la frecuencia con la que el entrevistado sigue noticias políticas” (SigNotiPol); “habla de política con los amigos” (HabPol), “trata de convencer a alguien de lo que usted piensa políticamente” (ConvincePol). Se incluye un indicador de legitimidad (legitimi), “democracia o autoritarismo”.

La encuesta Redpol 1998 nos proporciona otra serie de indicadores. Esta encuesta incluye igualmente indicadores de descontento político como: “evaluación de la política económica” (EvaPolEcono), “satisfacción con la democracia” (SatisDemo), “votó por Chávez” (VotChávez) es un indicador que lo incluimos en el conjunto de variables de descontento político, puesto que fue un voto en contra de los políticos tradicionales) y “evaluación del gobierno de Rafael Caldera” (EvaGob). También en esta encuesta se incluyen algunos indicadores de desafección política tales como: “interés en la política” (InteresPol), “partidos sólo se preocupan de ganar elecciones” (PartSocupElec), “ha tratado de convencer a alguien” (ConvAlg), “frecuencia con que habla de política” (FrecHapol). Se incluye como en las otras dos encuestas un indicador de legitimidad (legitim), “democracia o dictadura”, que expresa la creencia de que la democracia es el mejor sistema político.

Legitimidad, descontento y desafección política en Venezuela

<i>Venezuela Datos 1995. Modelo 1</i>					
<i>Análisis factorial y matriz de correlaciones entre las variables</i>					
<i>Conglomerado del descontento político.</i>					
	<i>SitPol</i>	<i>Sastisdemo</i>	<i>SitGene</i>	<i>Coef. De saturación</i>	
<i>SitPol</i>					,792
<i>Sastisdemo</i>	,221				,391
<i>SitGene</i>	,306	,097			,754
<i>Legitimi</i>	-,002	,165	,004		-,104
<i>Polcompli</i>	-,042	,000	-,025		-,268
<i>InteresPol</i>	,119	,055	,013		,704
<i>SigueNotPol</i>	0,072	,024	-,011		,807
<i>HablaPolAmi</i>	0,046	,036	,008		,820
<i>Conglomerado de desafección política</i>					
	<i>InteresPol</i>	<i>SigueNotPol</i>	<i>Polcompli</i>	<i>HablaPolAmi</i>	<i>Coef. de saturación</i>
<i>InteresPol</i>					,704
<i>SigueNotPol</i>	,351				,807
<i>Polcompli</i>	-,118	-,112			-,268
<i>HablaPolAmi</i>	,392	,540	-,091		,820
<i>Legitimi</i>	,032	,049	,022	,034	,071
<i>SitPol</i>	,119	,072	-,042	,046	,792
<i>Sastisdemo</i>	,055	,024	,000	,036	,391
<i>SitGene</i>	,013	-,011	-,025	,008	,754
<i>Venezuela Datos 1996. Modelo 2</i>					
<i>Análisis factorial y matriz de correlaciones entre las variables</i>					
<i>Conglomerado del descontento político.</i>					
	<i>SitEcon</i>	<i>SitPol</i>	<i>SatiDemo</i>	<i>SatiGob</i>	<i>Coef. De saturación</i>
<i>SitEcon</i>					,657
<i>SitPol</i>	,259				,757
<i>SatiDemo</i>	,069	,161			,536
<i>SatiGob</i>	,003	-,015	-,068		-,090
<i>Legitim</i>	,025	,027	,027	,005	,153
<i>interpol</i>	,086	,108	,035	,053	,573
<i>SigueNotiPol</i>	,071	,054	-,006	-,058	,764
<i>HabPoli</i>	,007	-,015	-,037	-,047	,820
<i>ConvencePol</i>	,094	,017	-,017	-,072	,720
<i>Conglomerado de desafección política</i>					
	<i>InterPol</i>	<i>SigueNotiPol</i>	<i>HablaPolAmi</i>	<i>ConvencePol</i>	<i>Coef. de saturación</i>
<i>InteresPol</i>					,573
<i>SigueNotPol</i>	,322				,764
<i>HablaPoli</i>	,312	,493			,820
<i>ConvencePol</i>	,197	,345	,471		,704
<i>Legitim</i>	,031	-,017	-,001	-,026	,153
<i>SitEcon</i>	,086	,071	,007	,094	,657
<i>Sitpol</i>	,108	,054	-,015	,040	,757
<i>Sastidemo</i>	,035	-,006	-,037	-,017	,536
<i>SatiGob</i>	,053	-,058	-,047	-,072	-,090

<i>Venezuela Datos 1996. Modelo 3</i>					
<i>Análisis factorial y matriz de correlaciones entre las variables</i>					
<i>Conglomerado del descontento político.</i>					
	<i>EvaPolEcono</i>	<i>SatisDemo</i>	<i>VotChávez</i>	<i>EvaGob</i>	<i>Coef. De saturación</i>
<i>EvaPolEcono</i>					,833
<i>SatisDemo</i>	,222				,415
<i>VotChávez</i>	,139	,187			-,051
<i>EvaGob</i>	,534	,229	,159		,832
<i>Legitim</i>	,113	,215	,374	,122	-,054
<i>InteresPol</i>	,024	,092	,015	,019	,721
<i>PartSocupElec</i>	-,110	-,135	-,082	-,026	-,342
<i>ConvAlg</i>	-,058	,027	-,042	-,055	,669
<i>FrecHaPol</i>	-,049	0,21	-,074	-,038	,795
<i>Conglomerado de desafección política</i>					
	<i>InteresPol</i>	<i>FrecHaPol</i>	<i>ConvAlg</i>	<i>PartSocupElec</i>	<i>Coef. de saturación</i>
<i>InteresPol</i>					,721
<i>FrecHaPol</i>	,400				,795
<i>ConvAlg</i>	,217	,330			,669
<i>PartSocupElec</i>	-,031	-,050	-,065		,342
<i>Legitim</i>	-,018	-,052	-,042	-,026	-,054
<i>EvaPolEcono</i>	,024	-,049	-,058	-,110	-,100
<i>SatisDemo</i>	,092	,021	,027	-,135	,429
<i>VotChávez</i>	,015	-,074	-,042	-,082	,781
<i>EvaGob</i>	,019	-,038	-,055	-,126	,832

Hemos construido tres modelos a partir de las encuestas antes mencionadas y cada modelo contiene una estructura de relaciones entre las variables. Cada modelo presenta un primer conglomerado que se refiere al descontento político y los coeficientes de saturación del primer factor que surgen del análisis factorial rotación varimax. El resto de las variables se presenta por debajo de las correlaciones de descontento político y sus respectivos coeficientes de saturación. En el modelo 1 se puede comprobar que todos los indicadores de descontento político antes analizados pertenecen al mismo conglomerado, pues tanto los coeficientes de saturación como las correlaciones entre las variables son altos. Este primer conglomerado incluye varias facetas de la dimensión del descontento político.

En primer lugar, el grado de “satisfacción con el funcionamiento de la democracia” y la valoración con la “situación política” es bastante fuerte. También, la evaluación de la “situación general del país” está fuertemente relacionada con la evaluación de la “situación política”; si bien es cierto que la relación del indicador “SitGene” correlaciona bajo con el indicador de satisfacción con la democracia, el coeficiente de saturación sigue siendo alto; no obstante, esta baja correlación significa una expresión de que la gente vincula la “situación general del país” con la crisis política. En este sentido, la validez del planteamiento sigue siendo apuntalada por los resultados, pues el

sentimiento de satisfacción y su relación con cualquier objeto político mantiene un carácter partidista y está igualmente relacionado con la actuación de la política representada por la actuación del gobierno. También podemos evidenciar en el primer modelo que la variable “legitimidad democrática” tiende a alejarse de este conglomerado del descontento político. Además, tampoco se relaciona de manera consistente o considerable con el resto de los indicadores. Esto confirma que ambas dimensiones actitudinales, en este primer modelo, son distintas y relativamente autónomas. Resulta también evidente que los diversos indicadores de desafección política pertenecen a una tercera dimensión diferente, lo cual confirma por otro lado su separación con respecto a los principales indicadores de descontento político.

Los datos de la tabla de desafección política presentan un conglomerado bien definido de indicadores. Los coeficientes de saturación de las variables que expresan implicaciones psicológicas en la política, como: “interés en la política”, “sigue noticias políticas” y “habla de política con los amigos” están entre los más altos. Algo similar puede decirse de la eficacia interna como “la política es complicada”, pues ésta muestra una relación negativa con las dos anteriores, lo cual indica que están asociadas y en la dirección esperada. El conglomerado de estas variables señala curiosamente que los elementos de desapego, alejamiento y desconfianza forman parte de un concepto más general de desafección política. Por ejemplo, las correlaciones de “la política es complicada” que expresa la incomprendibilidad de la política son negativas con respecto a la implicación psicológica en la política. El indicador de comportamiento político como “habla de política con los amigos” tiene una correlación positiva esperada con los indicadores de implicación psicológica (“interés en la política”). Del primer modelo se concluye que legitimidad democrática, descontento político y desafección política son tres dimensiones diferentes.

En el modelo 2 los resultados siguen siendo interesantes; como puede verse, todos los indicadores de descontento político, como en el modelo anterior, pertenecen al mismo conglomerado. Tanto los coeficientes de saturación como las correlaciones entre las variables son altos. Pero lo que hay que resaltar dentro de estas correlaciones es que al igual que en el modelo anterior la “situación política” sigue siendo la de mayor correlación con la “situación económica”. Si vemos que “satisfacción con la democracia” correlaciona más o menos significativamente con “situación política”, es de esperar que la situación política sea la culpable de la situación económica y la insatisfacción con el funcionamiento de la democracia. Igualmente los indicadores de desafección política pertenecen a una tercera dimensión. De este modelo concluimos, como en el anterior, que la satisfacción con el funcionamiento de la democracia y la legitimidad son conceptos diferentes, y su relación carece de fundamento. Los datos en el segundo cuadro que contiene el conglomerado de desafección política lo revelan con mayor nitidez que en el cuadro de descontento político del primer modelo. Pues, tanto los coeficientes de saturación de la variable como las correlaciones de las variables que expresan implicación psicológica en la política (“interés” y “habla de política” y “convencer a alguien”) están bastante altos. Aún más importante, ni la legitimidad democrática ni el descontento político están relacionados.

En el modelo 3, el comportamiento de los indicadores de descontento político es igual, pertenecen a un mismo conglomerado, las correlaciones entre las variables son bastante fuertes, especialmente la que relaciona “evaluación del gobierno de Rafael Caldera” con la “evaluación de la política económica”; igualmente podemos observar que la valoración sobre la situación económica y la valoración política están relacionadas. El “voto Chávez” (resulta esperable que los encuestados que no estén satisfechos con la situación económica y/o política culpen al gobierno y voten contra los candidatos del partido de gobierno), aparece con un coeficiente de saturación muy bajo y con correlaciones también muy bajas, excepto cuando se relaciona con “satisfacción con el funcionamiento de la democracia”. Igualmente resulta claro que los diversos indicadores de desafección pertenecen a una tercera dimensión diferente, lo cual confirma, por su lado, la diferenciación con respecto a los indicadores que componen el descontento político. No obstante, y aún más importante, es que la “legitimidad democrática”, a pesar de que posee un coeficiente de saturación muy bajo y negativo, en la correlación con “satisfacción con el funcionamiento de la democracia” y el “voto Chávez” es positiva (0,215 y 0,314).

Se trata de una excepción, que si bien es cierto que podemos mantener que las habituales equiparaciones entre “satisfacción con el sistema” y “legitimidad”, o sus contrarias, carecen de fundamento, no es menos cierto que es necesario hacer otras evaluaciones de “legitimidad de la democracia” y “voto Chávez” especialmente. Para ello buscaremos otros indicadores que nos ayuden a comprender más el porqué de esta excepción. Los datos correspondientes a la “desafección política” y, como podíamos esperar, los coeficientes de saturación de las variables que expresan “implicación psicológica en la política” están entre los más altos. El coeficiente de saturación de eficacia externa (“partidos sólo se ocupan de ganar elecciones”) es más bajo que las otras variables. Sin embargo, sus correlaciones negativas están asociadas a los indicadores anteriores, pues la propensión a evaluar a las autoridades políticas en términos relacionados con la apertura y receptividad del sistema político los lleva a no implicarse en política. Resulta asimismo claro, que los diversos indicadores de “descontento político” no tienen ninguna relación con la “desafección política”.

Podemos intentar una primera conclusión; además de los datos presentados a lo largo del trabajo sobre la diferente evolución temporal de las actitudes con respecto a la “satisfacción con el funcionamiento de la democracia”, la “legitimidad de la democracia” y la “implicación política de los ciudadanos”, el análisis factorial ha permitido una primera comprobación de estas hipótesis con respecto a Venezuela: es evidente que las actitudes sobre legitimidad, descontento y desafección son diferentes unas de otras, especialmente en los dos primeros modelos. El resultado de los diversos indicadores nos deja como resultado tres bloques diferentes de actitudes políticas: a.- *descontento político*: relacionado con la insatisfacción política, eficacia de la política para solucionar los problemas; b.- *desafección política*: relacionado más con aspectos estables de la cultura política e implicación psicológica en la política; c.- *legitimidad política*: relacionada igualmente con los valores difusos de la cultura política.

4. DESCENTEN TO POLÍTICO Y CAMBIO DE RÉGIMEN: ¿AFECTA EL LIDERAZGO POPULISTA LA LEGITIMIDAD REAL DE LA DEMOCRACIA?

Preguntar a la gente sobre las instituciones políticas, sus preferencias por tal o cual sistema de gobierno y el juicio que le merecen los métodos, los agentes, los resultados políticos y la actitud frente al cambio, es hoy una actividad común en el mundo entero. Las respuestas a estas preguntas se valoran como signos de estabilidad o inestabilidad democrática y se interpretan, a menudo, con inquietud [23]. Uno de los puntos débiles del método de encuesta es que se adapta mejor a la cuestión de la estabilidad democrática que a la de saber si la democracia tiene más oportunidades de desarrollarse en sociedades que tienen determinadas características culturales. Es difícil suponer o saber con precisión si son los demócratas los que engendran la democracia o si es la democracia la que engendra a los demócratas [24]. Para Przeworski, los factores económicos e institucionales bastan para explicar suficientemente la dinámica de las democracias, sin que haya que recurrir a la cultura. Para Almond y Verba es la cultura la que proporciona la base psicológica de la democracia. También para Inglehart, una democracia estable requiere una forma determinada de cultura política. Igual observamos que los indicadores de Inglehart sobre la “cultura civil” no funcionan para estos contextos: que la actitud frente al cambio, o mejor dicho el cambio gradual no es un indicador deseable o compatible con la deseabilidad de la gente. La gente puede estar muy propensa al cambio gradual; sin embargo, analizando la realidad venezolana, el hecho como tal, el voto hacia un actor que no tiene nada que ver con un pasado democrático y con un discurso radical (anti-institucionalista), que no proviene de la clase política tradicional y en su hoja de vida política existe un intento de golpe de Estado en 1992, es un mejor indicador sobre la “preferencia democrática” que los indicadores de “confianza interpersonal”, “apoyo al cambio gradual o revolucionario”, los cuales constituyen dos de los tres indicadores de la “cultura cívica” de Inglehart.

Es por ello que proponemos una concepción más realista de soporte político e indicadores que nos lleven por otra vía hacia un modelo de explicación más adaptado al caso venezolano. ¿Qué prueba empírica se puede aportar sobre las correlaciones de nuevos indicadores? Veamos algunos que aportan algunos datos y que cambian sustancialmente la tesis inicial sobre la valoración de la democracia como signo de estabilidad. Para ello vamos a construir un Índice sobre cambio, legitimidad, descontento y desafección: “descontento político” (satisfacción con la democracia); “modificación de la constitución” (cambio de las instituciones); “evaluación de la política económica” (descontento político); “confianza en los partidos” (desafección partidista); “democracia o dictadura” (valores democráticos, legitimidad valorativa); “voto Chávez” (necesidad de cambio, expectativas de cambio, actitud de cambio, nuevo objeto afectivo). “La ejecución de estos experimentos mentales [nosotros agregaríamos mentales-empíricos], combinados con el esfuerzo para comprender (*verstehen*) a los actores, es lo que hará avanzar nuestro conocimiento

sobre procesos de cambio político, incluso cuando estos procesos puedan ser un obstáculo para construir elegantes modelos causales” [25].

El análisis no es unívoco, por el contrario, son muchas las variables que entran en juego sobre la estabilidad de la democracia: actitudes, estructuras, procesos sociales, instituciones, eficacia y eficiencia de los actores en el gobierno para producir economías estables, acontecimientos políticos, la experiencia histórica de las instituciones, el cambio acumulativo, escándalos políticos, etc. En este sentido, el análisis resulta multivariado y complejo para fundamentar las explicaciones, la compatibilidad de los hechos o la causalidad en una sola vía, llámese ésta económica o culturalista. No obstante, un análisis de las diversas teorías nos lleva a preguntarnos ¿cuáles son las variables que actúan en la estabilidad de la democracia o las que incentivan al cambio y qué influencias ejercen? Respecto a esta cuestión, tipo e importancia de las variables, las respuestas han oscilado entre el férreo determinismo de los factores estructurales –económicos y sociales- sobre cualquier proceso de cambio político o estabilidad y la casuística más contingente –culturalismo-. Tras décadas de disputa, en la actualidad resulta algo dominante la tesis que afirma que si bien existen factores estructurales de índole no política que afectan a los fenómenos políticos, aquellos no son determinantes, por lo que deben ser completados en cada caso por factores políticos particulares, subjetivos y cualitativos tales como el liderazgo político, el grado de estabilidad de la élite dominante, sus posibles líneas de ruptura, las relaciones entre legitimidad, eficacia y eficiencia políticas, etc.

Los comicios del 8 de noviembre y el 6 de diciembre de 1998 tuvieron especial importancia. Una de ellas radicó en que el candidato Hugo Chávez había hecho del cambio del sistema político (desarticulación de las instituciones democráticas) a través de una Asamblea Nacional Constituyente el tema central de su campaña, convirtiéndola de esta manera en la única oferta con un contenido de cambio político revolucionario (según su oferta electoral). Tal como lo indica el análisis de correlación biviariado (tabla N° 1), el respaldo fue mayor en la medida en que se apoya en la modificación de la constitución (tau-b de Kendall's 0,426) mediante una Asamblea Constituyente; se tenía una actitud negativa hacia la democracia (tau-b de Kendall's 0,375) y su funcionamiento (tau-b de Kendall's 0,202); una evaluación negativa de la política económica (tau-b de Kendall's 0,135) y de los partidos políticos (tau-b de Kendall's 0,141). Considerando estas correlaciones significativas estadísticamente, y viendo que este déficit institucional por un lado, y las condiciones de frustración y necesidades de la sociedad por otro lado, se entiende ese nuevo vínculo de dependencia que establecen las masas con los antihéroes de la política que ellas mismas han producido e investido con sus frustraciones, desesperación y rechazo. Igualmente, con repacto a la valoración de la democracia representada por “democracia o dictadura”, la probabilidad de votar por Chávez aumenta en la medida en que aumenta la intención del voto hacia “dictadura/depende” por parte de los no demócratas (85% de un 20% de no demócratas) que votarían por Chávez y una minoría de demócratas (38,1% del 85,1%) que dicen ser demócrata que votaron por Chávez. De estos resultados podemos realizar tres lecturas: la primera, puede ser

que la figura de Hugo Chávez (variable “voto por Chávez”) y su correlación significativa con “democracia o dictadura”, marcó un punto de polarización o la impronta de la cultura política de los venezolanos con relación a la valorización de la democracia; segunda existe evidencia de demócratas que percibían en Hugo Chávez el líder de “mano dura” (por surgir del cuerpo militar) que necesitaba el país para poner orden y; la tercera que durante la campaña, Hugo Chávez convenció («good will») a un número suficiente de demócratas de que la democracia no estaba en peligro.

Este análisis constituye una búsqueda para enfocar el tema de las actitudes desde otra perspectiva, pues las actitudes además de *dirección e intensidad* tienen *prominencia*, la cual abarca los componentes de “objeto afectivo” y de “actitud”. Podemos decir que una actitud prominente es aquella de la cual depende un gran número de otras actitudes, es decir, el reconocimiento de la formación de la actitud de cambio de “objeto” y la aparición de nuevos “objetos” (por ejemplo un nuevo liderazgo político) hacia los cuales se inclinan las actitudes de los ciudadanos como respuesta afectiva. El cambio de “objeto afectivo” puede ser resultado de experiencias acumuladas cuyo signo de afecto resulta positivo (favorable), neutro o negativo (desfavorable). En este sentido, el concepto de cambio de “objeto afectivo” [26] en la actitud es tal vez el mejor concepto disponible para explicar cómo se producen ciertos cambios de actitudes, ya que al parecer gran parte de la población no establece espontáneamente muchas relaciones entre los objetos políticos de su actitud, a pesar de que sus valores parecen estar existiendo dentro de una población determinada (el valor de la democracia frente a otros regímenes y la actitud frente al cambio de la sociedad que resulta favorable hacia el cambio gradual, pero que no se corresponde con el discurso del nuevo objeto afectivo cuyo discurso tiene *dirección e intensidad* hacia un “cambio radical”). Entonces, podemos distinguir entre actitudes hacia un “objeto” (como el discurso de “cambio” de Hugo Chávez) y actitudes hacia la “situación”, definidas estas últimas como el contexto social que puede ser visto con un componente afectivo de *dirección e intensidad*, según sea el caso, positivo o negativo. [27]

El contexto cobra importancia; por ejemplo, la popularidad de Hugo Chávez primó sobre la legitimidad de la democracia y las propias instituciones. Según George Philip, en la medida en que la “mentalidad de muchos venezolanos era tal que podía apoyar tanto la democracia como al ejército, este modo de pensar valoraba más la popularidad que la legitimidad institucional como tal”. En palabras de Myers y O'Connor: “no todos los ‘demócratas’ están en contra de todos los golpes”. Esto no sólo nos permite explicar por qué el intento golpista de febrero de 1992 tuvo tanto éxito, sino también el motivo por el cual la ilegalidad tolerada puede representar una grave amenaza para la democracia, a saber, porque fácilmente puede hacer que se desvanezca la diferencia entre las formas democráticas y antidemocráticas del comportamiento político” [28].

La legitimidad del régimen democrático venezolano no depende, significativamente, de las posiciones valorativas según estas correlaciones. La divergencia entre los niveles ideológicos y

pragmáticos de la cultura política –apoyo valorativo como régimen político aunado al rechazo de su esquema institucional de toma de decisiones e ineficacia prolongada– ha estado presente durante muchos años. No obstante, lo que podría explicar la elasticidad de esta divergencia es la falta de otras alternativas de gobierno frente a AD y COPEI. Las frustraciones que se acumularon durante mucho tiempo tienen su expresión en 1993 con el triunfo de Rafael Caldera, como un cambio moderado, y más aún en 1998 con el triunfo de Hugo Chávez, cuando los cambios esperados y las frustraciones acumuladas generan en las expectativas de los venezolanos el momento del “verdadero cambio”.

En este sentido, cabe preguntar ¿es la valoración positiva de la democracia decisiva para la persistencia del propio régimen?[29] Podemos pensar que la “legitimidad consiste en un conjunto de actitudes positivas hacia el sistema político considerado como merecedor de apoyo”[30]. Legitimidad y apoyo subrayan la “bondad” de las instituciones; esto último cobra significado para el régimen sólo si se traduce en percepciones subjetivas de justificación de apoyo al sistema. No obstante, por defecto de la definición se desprende que la legitimidad está lejos de asumir un significado de aceptación pasiva del régimen[31]. En este sentido, el apoyo a un sistema no depende sólo de la legitimidad sino también de otros factores. Por ejemplo, el consenso, definido como “un estado de acuerdo entre ciertos sujetos del sistema político sobre ciertos objetos”[32], de aquí se desprende que al concepto de consenso le son casi extrañas las actitudes de adhesión y apoyo al régimen, típicas de la legitimidad. “El consenso sólo evoca estas actitudes cuando se transfiere en la legitimidad”[33]. Otro factor de la legitimidad es que ésta se “consolida –según Seymour Lipset– a través de la eficacia prolongada y la eficacia es la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población, es decir, se vincula con el desempeño real del gobierno y de los grupos de poder claves”[34]. Podemos concluir que mientras la legitimidad difusa se mantiene a lo largo del tiempo como valor positivo hacia la democracia, la legitimidad relativa producto de la insatisfacción de las demandas posee un bajo nivel de apoyo. Ahora, qué sucede si tenemos una relación de legitimidad difusa-persistente estable, ilegitimidad relativa persistente inestable, crisis y cambio. Los resultados se pueden observar en el cuadro de correlaciones, puesto que al introducir un nuevo catalizador como el “voto Chávez” que representa la opción del cambio, la legitimidad difusa-persistente se ve afectada; esta aproximación que obtenemos es una analogía del planteamiento de Leonardo Morlino sobre legitimidad, persistencia, crisis y cambio[35].

Otro aspecto interesante en las correlaciones es que si bien es cierto que según los datos obtenidos en muchos estudios empíricos demuestran que los venezolanos no han perdido la fe en la democracia como sistema a pesar de todas sus frustraciones, la presencia de un líder fuerte, la necesidad de mano dura para resolver los problemas del país, los conducen a desplazarse circunstancialmente entre actitudes democráticas y autoritarias, proyectando una cultura política que se mueve en arenas movedizas. Esto indica que algunas democracias consideradas con cierta

institucionalidad y dependen de una legitimidad por defecto, paradójicamente sólida e inconsistente a la vez, caracterizada por el desinterés político de los ciudadanos y las movilizaciones esporádicas y circunstanciales. Esto presupone pensar que estas democracias defectuosas con limitaciones participativas exclusivamente electoral-partidistas convierten al ciudadano en simple peticionario de favores gubernamentales. Es decir, se agota la democracia en un ritual electoral-partidista, dejando al ciudadano librado a su propia suerte, y cuando no a un simple usuario

<i>Tabla N° 1</i>		<i>Votó por Chávez</i>
<i>Análisis bivariado: Modelo explicativo del comportamiento político del venezolano frente a un liderazgo con discurso populista</i>		
<i>Edad</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,097**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1105</i>
<i>Sexo</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,149**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1121</i>
<i>Clase social</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,062*</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,027</i>
	<i>N</i>	<i>1121</i>
<i>Situación del país actual</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,121**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1113</i>
<i>Situación del país futura</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,175**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>816</i>
<i>Situación personal actual</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,119**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1110</i>
<i>Situación personal futura</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,103**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,002</i>
	<i>N</i>	<i>869</i>
<i>Voto negativo de partido</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,279**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1062</i>
<i>Democracia o dictadura</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,379**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1113</i>
<i>Preferencia por sistema económico</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,133**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1010</i>
<i>Satisfacción con la democracia</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,214**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1120</i>
<i>Evaluación del gobierno de Caldera</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,159**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1104</i>
<i>Evaluación de la política económica</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,135**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1104</i>
<i>Actitud frente al cambio de la sociedad</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,155</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1071</i>
<i>¿Como debe modificarse la constitución?</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,426**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1051</i>
<i>¿Qué debe hacer el Presidente con el Congreso?</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,167**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1016</i>
<i>Ubicación ideológica</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>-0,338**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1010</i>
<i>Confianza en las instituciones</i>	<i>Coefficiente de correlación</i>	<i>0,190**</i>
	<i>Sig.</i>	<i>0,000</i>
	<i>N</i>	<i>1086</i>
<i>*Correlación significativa al 0,01</i>		
<i>**Correlación significativa al 0,05</i>		

insatisfecho, en la medida en que su virtud democrática retrocede a simples comportamientos de demandantes de favores gubernamentales [36].

Esta concepción instrumental de la democracia, satisfacción baja con el funcionamiento de la democracia, desconfianza en las instituciones, prioridad de desarrollo económico sobre la democracia, conforman un campo abonado para populismos de cualquier orientación. Fenómeno donde el pensamiento autoritario recoge la impronta de la cultura política democrática, puesto que se esconde detrás de una fachada democrática (producto de las elecciones) sustituyendo la ya tradicional histórica solución abiertamente autoritaria [37].

5. NOTAS:

* Profesor de Ciencia Política en La Universidad de los Andes de Venezuela. Politólogo, Magíster en Ciencias Políticas por el Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL) de La Universidad de los Andes, DEA por La Universidad Autónoma de Madrid. Doctorando por La Universidad Autónoma de Madrid. Miembro del Centro de Investigaciones de Política Comparada de la Universidad de los Andes. Este trabajo forma parte del trabajo de doctorado titulado: La dinámica de las actitudes democráticas en Venezuela: soporte político de una democracia incompleta. Confianza, desafección y legitimidad.. E-mail: luisma75@hotmail.com

[1] Para Daniel H. Levine y Brian F. Crisp (1999), cuando a principios de la década de los '70 el precio del petróleo se disparó, parecía posible la idea de una gran Venezuela ('La Gran Venezuela' celebrada en los discursos del presidente Carlos Andrés Pérez). Las sombras aparecieron poco después. A partir de la devaluación de la moneda en 1983, creció de manera inexorable la desigualdad en los ingresos, bajaron los niveles de vida y las instituciones estables se mostraron incapaces de ofrecer servicios básicos a la población. La corrupción a gran escala se convirtió en algo endémico y el descontento ciudadano se reflejó en el aumento de la abstención electoral, en el surgimiento de movimientos ciudadanos reformistas, en la existencia de manifestaciones y protestas, incluidos los disturbios callejeros masivos, y en el apoyo que recibieron conspiradores militares sin éxito, así como partidos nuevos y líderes políticos con campañas basadas en plataformas anti-partidistas.

[2] Según Seymour M. Lipset (1996), "si los gobiernos democráticos carecen de legitimidad tradicional para sobrevivir, deberán ser efectivos o, como en el ejemplo de alguna nueva democracia latinoamericana o post-comunista, haber adquirido algún tipo de legitimidad negativa –una inoculación contra el autoritarismo debido a la perversidad de los anteriores regímenes dictatoriales–" p. 15.

[3] Según Gabriel A. Almond (2001), "por lo que respecta a la estabilidad o persistencia de la cultura política (estado actual de la teoría de la cultura política), la información actualmente disponible indica que climas políticos como la confianza en los funcionarios y en las instituciones políticas y sociales parecen ser muy variables, según el desempeño de aquellos dirigentes, funcionarios y organismos. Las convicciones y valores políticos fundamentales son más resistentes, aunque pueden cambiar. Por tanto, las pruebas disponibles indican que las convicciones políticas fundamentales, como la legitimidad de los regímenes, se caracterizan por su estabilidad considerable" (pp. 210-211).

[4] Cf. Giovanni Sartori, 2003, p. 77.

[5] George Philip, 2004, p. 151.

[6] Para Pharr S. y Putnam, R., (2000) Es una ironía que precisamente cuando la democracia comienza a extenderse como forma de gobierno a lo largo del mundo, los ciudadanos de la mayoría de las democracias más prósperas (los Estados Unidos y Canadá, naciones europeas Occidentales, y Japón) se encuentren cada vez más descontentos y frustrados con sus respectivos gobiernos que se traduce en un creciente descontento en cuanto a su funcionamiento. Algunos científicos políticos han examinado este dilema de la democracia, y para ello han examinado un conjunto de datos originales de los cual han concluido: que la confianza política hacia los líderes democráticos y las instituciones políticas son muy bajas: además del arsenal de expectativas

que tiende a cambiar notablemente. Los últimos años han sido generosos en cuanto a que se ha logrado una fuerte base empírica de un conjunto de percepciones, que algunos politólogos han convenido en llamar o definir como desafección política de los ciudadanos hacia las instituciones política de cada país. En realidad no se trata de un alejamiento en relación con el apoyo valorativo a la democracia como forma de gobierno (legitimidad), sino más bien un acusado descenso de la confianza de los ciudadanos con la forma de operar y el rendimiento de las instituciones representativas. No existen evidencias sólidas en cuanto a que los ciudadanos tengan preferencia por otras formas de gobiernos no democráticos o autoritarios, pero sí se constata que las actitudes públicas hacia partidos, congresos o parlamentos, gobiernos expresan más y más desconfianza.

[7] Según Adam Przeworski (1995a), para poder consolidarse, las instituciones democráticas deben proteger todos los principales intereses en juego y generar a la vez resultados económicos. La durabilidad de las nuevas democracias no dependerá sólo de su estructura institucional y de la ideología de las principales fuerzas políticas, sino también en gran medida de su actuación económica (p. 326).

[8] Cf. Ronald Inglehart, 1991; 2001.

[9] Lipset, 1963, p. 26.

[10] Para Donald Stokes (1974) una serie de ideas aún más vagas rodean la afirmación, en sus varias versiones, de que la participación restringida es un índice de la alienación de la masa de ciudadanos respecto del sistema de partidos, el régimen o la sociedad en conjunto. La alienación política conlleva la sensación de estar fuera del juego, de no tener peso e influencia en las decisiones, es decir una sensación general de impotencia. El sentido de aislamiento y extrañamiento lo acompaña también la frustración, la desconfianza, la sospecha y la hostilidad respecto a la política o por lo menos de algunos de sus componentes. Estrechamente relacionado al respecto se encuentra el concepto de anomia, aun cuando el hecho de que el ciudadano anómico eluda la participación social y política presupone una hostilidad real pero menor por su parte que el ciudadano alienado. Quienes consideran la no participación como consecuencia de un desinterés, así como quien lo considera resultado de una alienación real respecto de la política tienden a emitir juicios muy diferentes sobre perspectivas de la democracia liberal. De aquí se desprenden dos puntos de vista: Pesimista: la estructura en proceso de cambio de la sociedad conlleva una desintegración de las relaciones que vinculaban a los individuos con el orden social. Esto tiende a producir una sociedad de masas caracterizada por un bajo grado de participación combinado con un elevado apoyo potencial para los movimientos radicales o autoritarios. Interés acomodaticio: Quienes consideran la no participación un signo de desinterés acomodaticio consideran que la existencia de un estrato no participante impide la polarización de la sociedad en elementos políticos radicales. La relativa libertad de este estrato respecto de prejuicios partidistas le permite periódicamente proporcionar el apoyo necesario para el cambio político.

[11] José R. Montero. Richard Gunther y Mariano Torcal, 1998, p.124.

[12] Giacomo Sani, 1995, p.76.

[13] Seymour M. Lipset, 1963.

[14] Juan Linz, 1987, pp.46-47.

[15] J. Linz, 1987, p.38; S. M. Lipset, 1963, p.57; L. Morlino y J.R. Montero, 1994, p 31.

[16] Para comprender mejor el concepto de legitimidad específica, Leonardo Morlino (1985) introduce la noción de satisfacción e insatisfacción relativa. Para ello recurre a los complementos de frustración sistémica de Feierabend y a la privación relativa de Gurr, que presumen los mismos mecanismos psicológicos de fondo, especificando que, de ordinario, se espera del régimen la satisfacción de necesidades y demandas propias de los miembros de una comunidad política; por tanto, el descontento, cuando se consigue articularlo y expresarlo, repercute inevitablemente en las autoridades y en las estructuras del propio régimen. Así, la satisfacción relativa es el resultado de la relación existente entre el nivel percibido de las necesidades que se satisfacen, por una parte, y el número y la amplitud de las necesidades que se crean y hay que satisfacer, por otra, p.183.

[17] Leonardo Morlino, 1985, p 182.

[18] Ibid., p.187.

[19] Lipset, 1963, 1996; Przeworski, 1995

[20] Linz, 1987

[21] Para Seymour M. Lipset (1996), "la legitimidad se consolida a través de la eficacia prolongada y la eficacia es la satisfacción de las necesidades básicas de la mayoría de la población, es decir, se vincula con el desempeño real del gobierno y de los grupos de poder claves". p. 14.

[22] Adam Przeworski et al., 1998, pp. 93-94.

[23] Es posible que la gente responda a la pregunta sobre preferencia de régimen con gran intensidad y vehemencia, pero no considera que el valor con respecto a la democracia esté en juego o no considera que esta problemática sea la más prominente

[24] Cf. Adam Przeworski, Michael E. Álvarez, José Antonio Cheibub, y Fernando Limongi, 2000.

[25] Max Weber, citado por Juan Linz, 1987, p.156.

[26] El cambio de objeto de la actitud es la sustitución de un objeto de la actitud por otro. Cuando esto ocurre, es de esperar que tanto el objeto como su afecto correspondiente sean reemplazados por un objeto completamente nuevo y por su afecto asociado. Un objeto psicológico es todo aquello que el individuo considere que lo es: una persona, un político, un líder, una ley, un ideal, etc. (Lemert, 1983). Para Talcott Parsons y Edward A. Shils (1962), “un objeto social es un complejo de realizaciones cuando un actor, en la orientación de su acción hacia los objetos, focaliza su interés sobre los procesos de acción del objeto y sus éxitos, antes que sobre sus cualidades o tributos. El atributo de un objeto social es alguna cualidad o calificativo descriptivo que caracteriza al objeto con total prescindencia de la acción que el mismo pudiera realizar.” (p. 88).

[27] Cf. Lemert.

[28] George Philip, 2004, p. 151.

[29] Para Dieter Nohlen (2002), “en teoría, el apoyo difuso a la democracia por parte de la población permite superar en relación a su continuidad los períodos en que bajan los apoyos específicos como consecuencias de una menor efectividad del gobierno. Dado que en América Latina efectivamente la economía no pudo mantener el ritmo de crecimiento, la interrogante es si se puede interpretar la continuidad de la gente en apoyar de forma difusa a la democracia, aunque ella no cumpla con las expectativas económicas, como una tendencia de disociar la legitimidad de la democracia del quehacer económico, como lo propone Latinobarómetro. Al respecto, tengo mis serias dudas.” p. 7

[30] Leonardo Morlino, 1985 p. 177.

[31] Leonardo Morlino (1985, p. 182) se pregunta ¿cuáles son las fuentes de la legitimidad? Para responder distingue entre legitimidad específica y legitimidad difusa. La legitimidad específica es un conjunto de actitudes de adhesión al régimen y a las autoridades debido a la satisfacción de determinadas demandas por medio de determinados actos del gobierno. La legitimidad difusa no se refiere a los outputs particulares, sino que sus orígenes tienen que ver con otros factores más generales, como la cultura política.

[32] Idem., p.180.

[33] Idem., p. 180. Para Juan Linz (1987), “la pérdida de apoyo de todos los actores políticos de un régimen democrático puede fácilmente llevar a un erosión de legitimidad”, p. 40.

[34] Seymour Martin Lipset, 1996, p. 14.

[35] Leonardo Morlino, 1985, p. 180-181.

[36] El populismo se genera cuando un conjunto de demandas marginadas, (educación, trabajo, servicios, derechos sociales) siendo desatendidas por las autoridades e instituciones gubernamentales, permiten articular dichas demandas alrededor de un liderazgo oportunista, que apelando a las necesidades no satisfechas movilizan a los “de abajo”, aun utilizando los canales políticos normales como las elecciones, erosionan el concepto democracia liberal con un discurso anti-institucionalista. Convirtiéndose ciertamente en una alternativa no democrática o por lo menos en una alternativa “democrática” que no profesa el conjunto de la comunidad política, sustituyendo de esta manera la solución otrora abiertamente militar o autoritaria por esta otra de fachada democrática (producto de las elecciones) con un recorte de libertades públicas (control de la libertad de expresión), concentración de poder en una sola persona, desmovilización electoral de un sector de la población, distribución y acceso selectivo de empleos públicos u otros favores según su acercamiento afecto al régimen.

[37] Dieter Nohlen, 2002, pp. 9-10

6. BIBLIOGRAFÍA

ALMOND, Gabriel A. 2001. *Una disciplina segmentada. Escuela y corrientes en las ciencias políticas. Estudio Introductorio de Juan de Dios Pineda Guadarrama*, FCE y Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, A.C., México.

ALMOND Gabriel A. 1988. "El estudio de la cultura política", *Revista de Ciencia*, Vol. X, N° 2, Instituto de Ciencia Política, Pontificia Universidad Católica de Chile, pp. 76-89.

ALMOND, Gabriel A. and VERBA. 1963. *The Cultural, Polical Attitudes and Democracy en 5 Nations*, Princeton Unversity Press, Princeton.

BALOYRA, Enrique y MARTZ, John. 1979. *Political Acttitudes in Venezuela. Societal Cleavages and Political*, University of Texas Press, Austin.

CITRIN, Jack, 1974. "Comment: The Political Relevance of Trust in Government", *American Political Science Review* n° 68, pp .973-988.

CITRIN, Jack, and Donald Philip Green. 1986. "Presidencial Leadership and the resurgence of Trust in Government", *British Journal of Political Science* 16, p.143-153.

DHAL, Robert A. 1976. *Análisis político moderno*, Editorial Fontanella, Barcelona.

DHAL, Robert A. 2002. *La poliarquía. Participación y oposición*, Tecnos, Madrid.

DHAL, Robert A. 2002. *La democracia económica. Una aproximación*, Hacer Editorial, Barcelona.

DOWNS, Anthony. 1973. *Teoría económica de la democracia*, Editorial Aguilar, Madrid.

EASTON, David. 1979. *Esquema para el análisis político*, Amorrortu editores, Buenos Aires.

EASTON, David. 1975. "A Re-Assessment of the Concept of Poltical Support", *British Journal of Political Science*, N° 5, pp. 435-457.

INGLEHART, Ronald. 2001. *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, CIS, Madrid.

INGLEHART, Ronald. 1991. *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid.

KORNBLITH, Miriam. 1998. *Venezuela en los noventa: las crisis de la democracia*, Ediciones IESA, Caracas.

LACLAU, Ernesto. 2005. *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

LEMERT, James. 1983. *Después de todo, ¿Puede la comunicación masiva cambiar la opinión publica*, Publigráficos, S.A. México.

LEVINE, Daniel H. y CRISP, Brian F. 1999. " Venezuela: características, crisis y posible futuro democrático", *América Latina Hoy*, N° 21, pp. 5-23.

- LIPSET, S.M. 1992. "Algunos requisitos sociales de la democracia: desarrollo económico y legitimidad política." En VV.AA. *Diez textos básicos de la Ciencia Política*, Ariel, Barcelona.
- LINZ, Juan J. 1987. *La quiebra de las democracias*, Alianza Editorial, Madrid.
- LIPSET, Seymour Martin. 1963. *El Hombre político*, EUDEBA, Buenos Aires.
- LIPSET, Seymour Martin. 1996. "Repensando los requisitos sociales de la democracia", *Agora*, N° 5, Invierno, pp. 1-42.
- MACPHERSON, C.B. 1997. *La democracia liberal y su época*, Alianza Editorial, Madrid.
- MONTERO, José Ramón, GUNTHER, Richard y TORCAL, Mariano. 1998. "Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, N° 83, pp. 9-50.
- MONTERO, José Ramón y TORCAL, Mariano. 2000. "La desafección política en España: un legado que condiciona el presente", *Revista de Occidente*, N° 227, pp. 15-30.
- MORLINO, Leonardo e Montero, José Ramón. 1994. "Legitimita, consolidamento e crisi nell'Europa Meridionale", *Revista Italiana di Scienza politica*, N° 1 anno XXIV, Aprile 1994, pp. 27-66.
- MORLINO, Leonardo, 1985. *Cómo cambian los regimenes políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- NOHLEN, Dieter, 2002. *Percepciones sobre la democracia y desarrollo político en América Latina*, Latinobarometro
- O'DONNELL, Guillermo. 1994. "The state, democratization and some conceptual problems, a Latin American view with glaces at some post-communist." En O'Donnell, G., *Counterpoints*, Notre Dame Press, Notre Dame.
- PARSONS, Talcott y SHILS, Edward A. 1962. *Hacia una teoría general de la acción*, Harvard University Press, Cambridge.
- PARAMIO, Ludolfo, 1998. "Cambios sociales y desconfianza política: el problema de la agregación de preferencias", *Documento de trabajo 98-11*, CSIC, pp.1-19.
- PEREIRA A. Valia. 2002. "Fortalezas y debilidades de la actitud democrática en Venezuela", *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, Salamanca, 116-131.
- PEREIRA A. Valia. 2001. "Cambio político radical y actitud hacia la democracia en Venezuela." En José Vicente Carrasqueño, MAINGON, Thais y WELSCH, Friedrich, *Venezuela en Transición: elecciones y democracia 1998-2000*, CDB y Redpol, Caracas, pp 52-68.

PHARR, S y PUTNAM, R., (ed) 2000, *Disaffected Democracies: What's Troubling the Trilateral Countries?*, Princeton University Press, Princeton

PHILIP, George. 2004. "El Estado y el problema de la legitimación democrática en Venezuela bajo el sistema 'Punto Fijo'", *Foro Internacional*, N° 1, enero y marzo, pp. 150-169.

PRZEWORSKI, Adam. 1995. *Democracia y Mercado*. Cambridge University Press, Cambridge.

PRZEWORSKI, Adam. 1995. "Reformas económicas, opinión pública e instituciones políticas: Polonia en la perspectiva del Europa del Este." En Luis Carlos Bresser Pereira, Jose María Maravall y Adam Przeworski, *Las reformas económicas en las nuevas democracias. Un enfoque socialdemócrata*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 168-245.

PRZEWORSKI, Adam et al. 1998. *Democracia sustentable*, Paidós, Argentina.

PHARR, S. y PUTNAM, R. (eds.). 2000. *Disaffected Democracies: What's Troubling the trilateral Countries?* Princeton University Press, Princeton.

RAMOS J., Alfredo. 2005. "Partidócratas y plebiscitarios. Notas sobre el liderazgo y la gobernanza en Venezuela", *Reflexión Política*, N° 13 Junio, UNAB-Colombia, pp. 167-178

RAMOS J., Alfredo. 2002. "Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada." En Alfredo Ramos Jiménez (ed.), *La transición Venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Centro de Investigaciones de Política Comparada, Mérida-Venezuela, pp.15-46.

ROBERTS, Kenneth. 2001. "La descomposición del sistema de partidos en Venezuela vista desde un análisis comparativo", *Revista venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 7, N° 2, mayo-agosto, pp. 183-200.

SANI, Giacomo. 1995. "Apatía." En Norberto Bobbio, Incola Matteucci y Gianfranco Pascuino, *Diccionario de política*, Siglo XXI, México, pp. 76-77.

SANI, Giacomo. 1993. "Ciudadanos y sistemas políticos: Participación y cultura política de masas en Italia", *Revista de Estudios Políticos*, N° 79, Nueva Época, enero-marzo, Madrid, pp. 121-138.

SARTORI, Giovanni. 2003. *¿Qué es la democracia?*, Taurus, Madrid.

STOKES, Donald, 1974. "Comportamiento electoral." En Davis L. Sills (org.), *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. I, Aguilar, Madrid, pp. 537-544.

TORRES, Aristides, 1990. "La evolución de las actitudes hacia el sistema político en Venezuela", COPRE, *Venezuela, democracia y futuro. Los partidos políticos en la década de los 90*, Caracas, pp. 173-186.

TORCAL, Mariano. 2001. "La desafección en las nuevas democracias del sur de Europa y Latinoamérica", *Revista Instituciones y Desarrollo*, N° 8 y 9, Institut Internacional de Governabilitat de Catalunya, Barcelona, pp. 229-280.

TORCAL, Mariano, MONTERO José R. y GUNTHER, Richard. 2002. "Ciudadanos y Partidos en el sur de Europa: los sentimientos antipartidistas", *Estudios/ Working Paper* 6. Colección en la Red de Cuadernos de Trabajo (www.uam.es/centros/derecho/cpolitica/wpapers.html), pp. 1-50.

TORCAL, Mariano. 1995. "Actitudes políticas y participación política en España. Pautas de Cambio y Continuidad". *Tesis Doctoral*. Universidad Autónoma de Madrid.

ENCUESTAS Y DATOS: Los datos utilizados para la elaboración de los análisis provienen de la base de datos facilitados por la Universidad Simón Bolívar: Datos Venezuela 1995 y 1996. Datos Valores 2000.

La encuesta REDPOL 1998: fue preparada por la Red Universitaria de estudios Políticos (integrada por investigadores de la Universidad Simón Bolívar, la Universidad Central de Venezuela, el Instituto de Estudios Superiores de la Administración y la Universidad del Zulia).